

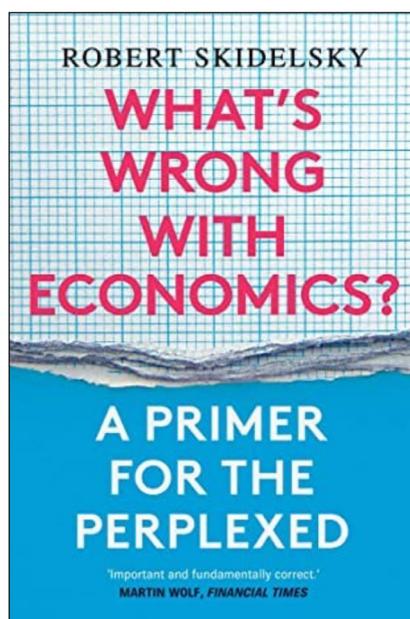
# NOTA CRÍTICA

## WHAT'S WRONG WITH ECONOMICS?

A Primer for the Perplexed

**Robert Skidelsky**

Yale University Press, 2021, 248 pp.



Robert Skidelsky es graduado en Historia y doctor en Política. Es reconocido por su admirable biografía sobre J. M. Keynes que le obligó a estudiar Economía con cierta profundidad. Terminó ocupando la cátedra de Economía Política en la Universidad de Warwick. Es decir, como él mismo reconoce, es un *outsider* que «habla el idioma de la Economía con acento». No pretendo que esta información sirva para construir un argumento *ad hominem* sino para entender que el punto de vista del

autor está fuera de la disciplina, aunque no sea un diletante.

En cuanto a la obra, agrupada en 14 breves capítulos escritos con buena redacción, se trata, en realidad, de un ensayo que reafirma las habituales objeciones que se vienen realizando, desde hace décadas, a la metodología utilizada por la denominada corriente principal de la Economía, *mainstream economics*. El hecho de que aún se sigan publicando libros en esta línea, es una señal del fracaso de los economistas al intentar convencer a sus críticos de la utilidad de su trabajo y del rigor de sus métodos.

Entre los argumentos que Skidelsky presenta de forma insistente está la supuesta «envidia» que los economistas tendrían de los físicos lo que les llevaría a construir modelos que funcionan de forma mecánica y que, intrínsecamente, son incapaces de captar la compleja realidad social. Esta misma idea fue avanzada, hace varias décadas, de forma brillante por el polifacético economista español José Luis Sampedro en un artículo con un título muy sugerente «El reloj, el gato y Madagascar» (Revista de Estudios Andaluces n.º 1, 1983), en el que indicaba que «el error de muchos economistas actuales consiste en entrenarse en relojería para actuar sobre lo social, dando por hecho que Madagascar es interpretable según el modelo del reloj».

Sinceramente no sé si habrá muchos economistas envidiosos de los físicos, pero creo que son pocos, si es que hay alguno, que no sepa que la Economía no es una ciencia natural, sino que es social. Es verdad que los economistas construyen modelos que simplifican la realidad. Otra cosa muy distinta es que no se asuman las limitaciones que poseen dichos modelos. Los modelos económicos no sirven, por ejemplo, para saber lo que va a ocurrir en el futuro. Skidelsky reprocha, una y otra vez, a los economistas no haber previsto la crisis financiera de los años 2007-2008. No obstante, sería muy injusto condenar a la Economía por algo que ninguna ciencia social es capaz de hacer: predecir lo que va a pasar. Tampoco los sismólogos son capaces de saber cuándo y dónde ocurrirá el próximo terremoto, ni los epidemiólogos cuándo llegará la próxima pandemia. Los economistas somos unos pésimos adivinos, pero, al igual que los médicos, no se nos da del todo mal el diagnóstico. Nuestras predicciones son del tipo «si A entonces B». Precisamente, este tipo de proposiciones condicionales nos lleva a otra de las críticas de Skidelsky a la Economía: «En las ciencias naturales, la limitación *ceteris paribus* no es onerosa: es una suposición razonable que otras cosas no cambian. En economía esto no es cierto».

¿Por qué los científicos naturales están legitimados a utilizar la cláusula *ceteris paribus* y los economistas no? Según el autor, la respuesta está en la diferencia entre un sistema cerrado, donde existe una variedad finita de opciones, y un sistema abierto donde los individuos dependen unos de otros en formas complejas. Los economistas, al cerrar el sistema mediante el *ceteris paribus*, estarían creando una brecha entre la realidad social y su representación a través de los modelos. Y esto se haría «no para simplificar la realidad, sino por conveniencia matemática». Esta estratagema reduce la complejidad de los fenómenos sociales y psicológicos a simples axiomas de comportamiento.

El debate sobre la conveniencia de utilizar el lenguaje matemático en la Economía tampoco es nuevo. Cournot (1838), quizás el primero que utilizó abiertamente las matemáticas en el análisis económico, señaló que el empleo de signos matemáticos «si pueden facilitar la exposición, hacerla más concisa, ponerla en el camino de desarrollos más extensos, o evitar las digresiones de una argumentación imprecisa, sería poco racional desecharlos porque no sean igualmente familiares a todos los lectores y porque algunas veces se hayan utilizado erróneamente». El problema, quizás, aparezca cuando en vez de un medio,

las matemáticas se convierten en un fin para justificar, simplemente, el refinamiento analítico. Aquí podrían encajar las citas de autoridad y las referencias a economistas relevantes que utiliza Skidelsky para justificar su postura: Leontief, Friedman, Coase, Robinson, Krugman o Stiglitz. Ahora bien, ninguno de estos autores ha renunciado a las matemáticas para exponer sus ideas de acuerdo con la metodología convencional.

Skidelsky considera el uso de las matemáticas como un retroceso en el avance del conocimiento económico que ha limitado la comunicación con otras disciplinas. Según él, todos los grandes economistas han intentado comunicar sus ideas en un lenguaje corriente. Simpatiza con Marshall por confinar sus desarrollos más complejos a los apéndices de sus *Principles of Economics*. Parece añorar la época clásica en la que todavía eran reconocibles las raíces de la filosofía moral en las obras de los economistas británicos del siglo XVIII y XIX. Sin embargo, dos hechos relevantes situaron, en su opinión, a la Economía en una senda equivocada. Por un lado, la revolución marginalista que orientó la teoría del valor basada en el coste hacia la utilidad subjetiva del individuo, destruyendo el método que daba protagonismo a las organizaciones o a las clases sociales. Por otro lado, la definición de Economía que

realiza Robbins como ciencia que estudia la relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos. Desde ese punto de vista, la Economía se desinteresaba de los fines para centrarse en la escasez de los medios. Así se culminó, según Skidelsky, el paso desde la Economía Política hacia la Economía, esto es, desde la economía como parte de un estudio más amplio de la sociedad, hacia la economía como una «disciplina técnica autosuficiente». Sobre esta base, se construyen otras críticas a la Economía: «Estas dos reglas metodológicas —la concentración en los individuos y su descripción pura y simple como máquinas de calcular— son la clave de lo que está mal en la economía convencional».

Skidelsky es especialmente crítico con el individualismo metodológico, es decir, con la construcción de explicaciones agregadas a partir del comportamiento de los individuos. Este método supone marginar del análisis a las organizaciones o clases y la aceptación de que las decisiones o elecciones individuales son independientes. Además, la concepción del individuo como *homo economicus*, «el robot humano o máquina calculadora», sería una ficción que no se corresponde con el comportamiento real de los sujetos. Los avances de la economía del comportamiento al reconocer ciertos «errores» en la toma de decisiones de los

sujetos resulta, según Skidelsky, insatisfactorios porque deja intacto el individualismo metodológico. Lo relevante sería explorar cómo la gente se relaciona socialmente, cómo la sociedad moldea los valores individuales, o cómo se configuran las instituciones sociales. En definitiva, habrían de considerarse los determinantes sociales y culturales del comportamiento de los individuos. Este enfoque exigiría la concurrencia de otras ciencias sociales.

En el contexto anterior, frente al individualismo metodológico que defiende la Economía, se presenta el holismo metodológico de la Sociología: «El todo es diferente a la suma de las partes». El institucionalismo sería el «guiño de la Economía a la Sociología». En particular, el «viejo institucionalismo», entre cuyas figuras destaca a Simon y Galbraith, se preocupó por entender cómo las instituciones modifican el comportamiento de sus miembros. En cambio, el «nuevo institucionalismo», entre cuyos representantes menciona a Coase, North y Olson, se habría alineado con la corriente neoclásica convencional al considerar que los individuos crean instituciones para maximizar su utilidad, aceptando, de hecho, que la causación va desde el individuo al grupo y no al revés. Tampoco le satisface a Skidelsky los progresos realizados en el ámbito de la teoría de juegos en donde se analiza el

comportamiento estratégico de los individuos cuando interactúan. La clave está en la interdependencia, no en la interacción. En consecuencia, cualquier análisis económico que acepte que los individuos son inseparables del todo, en el que influye y, a la vez son influidos, podría considerarse sociológico como el análisis marxista o keynesiano. Por tanto, los modelos microeconómicos basados en individuos aislados que maximizan su utilidad serían erróneos.

El libro dedica capítulos interdependientes a la relación de la Economía con otras disciplinas. La Economía Política, en sentido clásico, intentó reunir el ámbito político, formado por relaciones de poder, y analizado por la Ciencia Política, con el ámbito económico, formado por contratos voluntarios, y analizados por la Economía. Los economistas convencionales han descuidado, según Skidelsky, de forma deliberada, las relaciones de poder para legitimar la estructura de poder existente. También se ha desatendido lo que tanto la Historia del Pensamiento Económico como la Historia Económica nos puede enseñar, y prueba de ello es la pérdida de relevancia de estas materias en los planes de estudios universitarios. Por un lado, si se acepta que todo el conocimiento económico útil del pasado se ha incorporado en las teorías actuales deja de tener

interés la Historia del Pensamiento Económico. Skidelsky rechaza esta proposición basándose en que el conocimiento económico no es acumulativo, de tal manera que puede encontrarse en las ideas del pasado una valiosa herramienta intelectual para entender mejor los problemas del presente como el estancamiento, la desigualdad, el cambio climático o la automatización. Por otro lado, si se admite que se han alcanzado leyes universalmente válidas no tiene sentido acudir a la Historia Económica para tratar de descubrirlas. En este caso, la crítica se basa en la ausencia de leyes universales. Cada economía depende de una trayectoria concreta, de manera que su presente y futuro está conectado con su pasado por la continuidad de sus instituciones que condicionan, entre otras cosas, el contenido y las posibilidades de la política económica que se aplica en cada contexto.

También dedica un capítulo a la relación entre la Ética y la Economía que comienza con una cita de Keynes: «el problema fundamental (...) es encontrar un sistema social que sea eficiente económica y moralmente». Skidelsky se lamenta que a medida que la Economía ha madurado, ha abandonado su contenido moral cediéndolo a la religión y a la ética. Aquí podría abrirse una discusión sobre si el economista debe pasar la frontera que separa

la economía positiva de la economía normativa. Esta es una discusión que posee un largo recorrido desde que Hume planteó como un error tratar de deducir proposiciones acerca de lo que debe ser a partir de proposiciones sobre lo que es. En cualquier caso, Skidelsky reclama un mayor compromiso de la Economía con cuestiones éticas relacionadas con la justicia de los intercambios, la distribución, los costes del crecimiento o el deterioro medioambiental.

Sobre la base anterior, propone un cambio que dirija la Economía desde el deductivismo y el individualismo metodológico hacia el inductivismo y el holismo, donde estarían situadas la Historia, la Sociología y la Política. En esta trayectoria la Economía dejaría de ser «la reina de las ciencias sociales», como la calificó Samuelson, para analizar en términos de igualdad con otras disciplinas la realidad social.

El libro termina con un capítulo titulado «El futuro de la Economía» en donde se especula sobre el «propósito político de la Economía» afirmando que si quiere ser útil «debería modificar su creencia en la autorregulación de los mercados». De esta manera, se identifica la corriente principal de la Economía con un programa político muy determinado. Esta idea la dejó clara desde el mismo prefacio de la obra al acusar la corriente principal de la Economía de «complicidad en gran

parte de lo que ha ido mal en la vida económica en los últimos treinta años, comenzando con el desmantelamiento de las protecciones laborales y continuando, a través de la explosión de la desigualdad, hasta el colapso del sistema financiero mundial en 2007-2008». Este nuevo reproche es, al menos, discutible porque, si bien es cierto que algunos desarrollos de la Economía han podido ser utilizados para justificar programas políticos, también hay que reconocer que los programas de investigación de la «corriente principal» son muy diversos y no pueden identificarse, de una manera tan maniquea, con la «creencia» en la autorregulación de los mercados. Baste decir que Eugene Fama, que centró su trabajo en la hipótesis de los mercados eficientes (responsable, para algunos, de la gran crisis financiera), recibió el Premio Nobel de Economía el mismo año (2013) que Robert Shiller, que había advertido en su obra *Exuberancia irracional* de los peligros de las burbujas especulativas. De hecho, son muchos los modelos de la corriente principal de la Economía que pueden explicar lo que ocurrió con el sistema financiero mundial en los años 2007-2008.

Es muy probable que la lectura del libro no convenza a ningún economista de la «corriente principal» y solo sirva para reconfortar a los «heterodoxos». Los argumentos que utiliza Skidelsky no son nuevos. Concluir, por ejemplo,

que «no existen “leyes de la economía” válidas en todo momento y lugar» o que la «economía no es una ciencia natural» no es ningún descubrimiento ni invalida la metodología que utilizan los economistas. La Economía es una ciencia contextual en el sentido de que no existe un único modelo de aplicación universal, sino diferentes modelos cuya pertinencia dependerá del lugar y de las circunstancias históricas en que se aplique. En cualquier caso, también es una ciencia empírica que se construye enfrentando hipótesis con la realidad. En este punto, Skidelsky plantea dos problemas: «primero, aunque uno pueda, con cierta dificultad, hacer un trabajo experimental a pequeña escala, es imposible experimentar con economías completas; el segundo, es la debilidad de la econometría, como sustituto del experimento». Respecto a la dificultad de la experimentación puede rebatirse repasando los cientos de artículos que se han publicado en la revista *Experimental economics* desde hace más de veinte años, o los innumerables experimentos naturales que se han analizado en el ámbito de la Economía. En cuanto a las habituales críticas a la Econometría (confundir correlación con causalidad, endogeneidad de las variables, ausencia de situaciones reales para realizar experimentos controlados, etc.) han sido contestadas con

refinamientos analíticos considerables y nuevos test que avanzan en la interpretación adecuada de los datos. En cualquier caso, no debería ser una opción renunciar a la cuantificación.

El método científico es el mejor antídoto al «todo vale». La manera que han encontrado los economistas de avanzar en el conocimiento ha sido a través de la construcción de modelos, la formalización de sus ideas, y la contrastación empírica de sus

hipótesis. La comunidad científica se encarga de enjuiciar críticamente las nuevas aportaciones a través de los filtros académicos establecidos por las revistas. Este sistema puede que no sea perfecto, pero no se le puede acusar de ser una barrera para la entrada impermeable a los nuevos enfoques. Precisamente, las aportaciones en torno a la economía del comportamiento o a la economía experimental son buenos ejemplos. Mientras no se demuestre lo

contrario, ese es el procedimiento correcto para avanzar en el conocimiento económico.

Responder al título del libro diciendo que a la Economía no le pasa nada sería demasiado presuntuoso. No obstante, parafraseando a Ortega y Gasset, quizás lo que le pasa es que algunos no saben lo que le pasa y eso es precisamente lo que le pasa.

**Beatriz Benítez-Aurioles**  
Universidad de Málaga